

# Cuba, nuestra revolución<sup>1</sup>

SEBASTIÁN SALAZAR BONDY

Lima, 8 de febrero de 1962.

Señor

Juan Cualquiera:

Presente.

Querido Juan:

Hace unas horas que regresé de La Habana. Estuve en Cuba, como sabes, cerca de un mes. Buena parte de lo que vi y sentí en esa hermosa isla del Caribe, en donde triunfalmente se cumple la primera revolución socialista de nuestro continente, ocupará las largas páginas de esta carta. Te prometí al partir contarte la verdad, y ahora cumplo con mi palabra empeñada. No más preámbulos, pues, que sé con cuánta ansiedad esperas estas noticias.

En el Perú vivimos sitiados por la propaganda imperialista, por las informaciones de fuente norteamericana que publican los grandes diarios, por las imágenes que la televisión nos impone con su fuerza persuasiva, por la ensordecedora vociferación de la radio, por los torvos carteles que nos mete por los ojos la caótica publicidad callejera. Todo ello constituye un implacable fuego graneado, un verdadero asedio sin pausa de palabras y gráficos agresivos que sólo

---

<sup>1</sup> Texto de un folleto publicado en 1962 por Ediciones de la Patria Libre, dirigidas por Manuel Scorza. Redactado en forma de carta, se trata de un texto revelador de la actitud de la intelectualidad peruana (y latinoamericana) ante la entonces reciente revolución cubana. Cuarenta años después, los lectores elaborarán sus propias reflexiones. La publicación del texto fue sugerida por el doctor Raymundo Prado, quien además proporcionó copia del mismo. Agradecemos a la señora Irma Lostanau por su gentileza al autorizarnos a publicarlo.

quien tenga una inexpugnable confianza en la justicia y la razón de la causa revolucionaria que defiende Fidel Castro puede resistir sin retroceder. Las oligarquías criollas y el imperialismo yanqui han levantado ese cerco de papel y ruido porque están aterrorizados, no porque, como hipócritamente dicen, en la patria de Martí la «democracia» —su «democracia», claro está— haya sucumbido, sino porque allá la explotación de la mayoría por unos cuantos privilegiados y el dominio del país por los grandes monopolios norteamericanos han definitivamente terminado. Los enemigos de Cuba tienen miedo, y bien sabemos que el miedo carece de escrúpulos.

El poder en Cuba es del pueblo. A esta incontestable realidad se le opone la calumnia. Es el único modo de contener temporalmente el alud de la verdad que, tarde o temprano, llegará a todos, aún a los más ignorantes, a los más aislados, a los más distantes de la luz trastornadora que se ha encendido ahí. Con ella nos llegará el ejemplo renovador.

Como el pueblo cubano está en el poder, desde que el viajero pisa esa tierra, de suyo maravillosa, es un fraterno calor humano el que le da la bienvenida. No hablo de las cortesías protocolarias que suelen rodear al huésped oficial, ni de la hospitalidad propia de las costumbres nacionales. Me refiero a una suerte de aire feliz que de inmediato testimonia la índole dichosa de lo que en Cuba ocurre. Es preciso ser, como ha escrito alguien, un siervo irredimible, un encallecido millonario o un pobre retardado mental para no advertir aquella sensación de humanidad alegre, liberada y creadora que acoge al visitante en el territorio de la mayor de las Antillas. Se trata de una alegría, una libertad y una creación muy diferente a aquellas que celebraban en su folletería las agencias turísticas de antaño: el lupanar borrascoso del yanqui, la impune explotación del burgués insensible, la febril invención de concupiscencias para gusto del consumidor en dólares. La isla vibra, en el presente, de esperanza porque ha hallado su destino. Poseer, al fin, un sentido para la existencia comunitaria condiciona la multitudinaria voluntad de defender la patria socialista hasta la muerte que prevalece entre hombres, mujeres, ancianos y niños de la Nueva Cuba.

No es por casualidad entonces que en la Cuba de hoy todo se defina por disyuntivas tajantes: Patria o Muerte; Cuba sí, yanquis no. El carácter auténticamente revolucionario de Castro se regula por el planteamiento de estas alter-

nativas que no admiten conciliaciones oportunistas, posturas intermedias contemplativas, o conformismos. El país marcha aceleradamente a la total construcción socialista y no se hacen, ni de parte de los gobernantes, ni de parte de los gobernados, concesiones que vayan en desmedro del objetivo esencial de la política: transformar las estructuras socioeconómicas de la sociedad. Cuba, como ha escrito José Antonio Portuondo, es y quiere ser cada vez más una nación para sí. El pueblo ha verificado ya, de modo concreto y racional, que la toma del poder y de los medios de producción determinó automáticamente una eclosión de su ser profundo: a partir del instante en que la insurrección contra Batista se hizo revolución, el cubano y lo cubano fueron más cubanos. Lo pintoresco, lo meramente postal, se tornó esencia porque la veta de originalidad que en la carne popular señalaban los rasgos considerados típicos por el comercio turístico fue vertida hacía afuera desde el hondón.

Algún tonto me ha preguntado, con la característica cara del intoxicado por la diaria dosis de UPI y AP, si en Cuba se sigue cantando y bailando. Aunque responder a semejante duda me parece ridículo, paso por el trance. Françoise Sagan, no sé si irónicamente o no, llamó a la nueva situación de Cuba revolución con pachanga. Se equivocó en la conjunción que une los dos sustantivos. Más justa es la expresión revolución y pachanga, pues en Cuba se baila y canta, sí, como antes, mejor que antes, pero se trabaja denodadamente, al mismo tiempo, por realizar el sueño de la sociedad industrial y autosuficiente. Ningún pueblo como el cubano, localizado a apenas 90 millas del gran ladrón norteamericano, supo lo que significa una dependencia irrestricta, en virtud de la cual procedían del abastecedor extranjero desde los tractores hasta las lechugas frescas. Ahora la diversión es correlativa a la empeñosa tarea de hacer la patria, libre ya, de acuerdo al ideal más perfecto. Antes todo se resolvía por la vigencia de una fórmula condenatoria: sin azúcar no hay país. El sofisma obligaba a una conclusión simple y terrible: La patria es el azúcar, la patria son los yanquis que la compran, la patria es una mercadería...

No bien había dejado las maletas en el hotel, me encontré en una calle del barrio del Vedado donde construyeron sus residencias los señores del antiguo régimen y donde elevaron sus edificios los invasores, vecino a las aguas tranquilas del Caribe. Con mi amigo y compatriota Juan Larco, que vive en La Habana, caminé al lento paso del paseante por una avenida cruzada por raudos auto-

móviles. Eran las 9 de la noche y nada denunciaba que me hallaba en la ciudad que los cablegramas de las agencias noticiosas del imperialismo describen inmovilizada de pánico por la dictadura del sangriento sátrapa del Caribe (así califica a Fidel el diario *La Prensa*) y conmovida sin tregua por los petardos de los contrarrevolucionarios. Los transeuntes —parejas de enamorados, milicianos y milicianas con sus armas al cinto o a la espalda, respetables señoras y caballeros, etc.— recorrían como nosotros la arteria urbana y en los porches de algunas casonas grupos familiares charlaban tomando el tímido fresco del invierno habanero.

En algunas de aquellas viviendas se veía un cartel: «Comité de Defensa». Inquirí por estos comités. Son hoy, me respondió Larco, la garantía de la paz pública, pues constituyen el centro político de cada manzana, elegido democráticamente, cuya función es impedir los actos terroristas de los gusanos —así se les denomina a los contrarrevolucionarios— y permitir la rápida movilización en caso de guerra. En cuatro meses de actividad, los «Comités de Defensa» hicieron desaparecer tanto el sabotaje, armado y financiado por la CIA norteamericana, cuanto la delincuencia común. Alguien los ha definido como el aprovechamiento revolucionario del chismorreo de las comadres, pues esa tertulia nocturna, que tiene como objeto el control de la ciudad permanentemente amenazada por la penetración yanqui-reaccionaria, antes se daba con los maledicentes fines que son característicos de las ociosas reuniones de vecindario. No hay habitante de Cuba que no reconozca que esas células primarias de gobierno local son la garantía de que no volverá a producirse la sorpresa del petardo furtivo y asesino colocado en una casa donde su explosión siempre habrá de dejar un triste saldo de víctimas inocentes.

Esta es la única policía —como observa Arnaldo Orfila— que existe en Cuba. Mucho llama la atención que en La Habana, ciudad grande, dinámica y congestionada, no haya necesidad, para mantener el orden público, de otro cuerpo que el de los milicianos, o sea, del propio pueblo en armas. Las metralletas y los fusiles están en poder del empleado, del obrero, del pequeño comerciante, y ellos, conforme a horarios que se acomodan a sus peculiares actividades y dentro de las horas libres de que cada cual dispone, asumen la función policial como un ejercicio cívico. Nada intimidante hay en estos hombres y estas mujeres armados, cubiertos con el uniforme verde olivo que descendió entre llamaradas desde la Sierra

Maestra hace tres años, puesto que nada en sus rostros o sus actitudes resulta hostil. Son milicianos, precisamente, los que vigilan que nadie ofenda de palabra u obra a los gusanos que hacen cola ante la Embajada Suiza (que otorga las visas norteamericanas) o ante las oficinas de la Panamerican Airways para viajar a Miami y ahí asilarse. He visto esas hileras de cariacontecidos y he visto que los revolucionarios que las custodian ponen especial cuidado de que los tráfugas no sean objeto de maltratos. Fidel ha dicho: «Esta es una revolución de puertas abiertas». Ahora bien, los que se van, se van... Pero no podrán regresar.

¿Quiénes se van?, fue, a propósito, una de mis preguntas a los cubanos. El examen de los casos personales de cada uno de aquellos que eligen como patria a Miami —en donde terminan siendo, si carecen de cuentas bancarias en dólares, lavaplatos, barredores, sirvientes— da el siguiente cuadro: 1) Políticos, esbirros, criminales de guerra, etc., que medraron y delinquieron durante la dictadura; 2) Todos aquellos que, debido al sistema parasitario de la economía liberal, vivían antes sin trabajar, beneficiados por excepcionales privilegios; constituyen éstos una vasta gama que va del millonario y el latifundista hasta el proxeneta, pasando por el importador de objetos suntuarios y el periodista venal; 3) Los irremediablemente individualistas que, adormecida la conciencia social, sienten la nostalgia de hacerse ricos, aun a costa de muchos pobres, en el ciego juego de la libre empresa; 4) Los que alientan muy arraigados prejuicios sociales y raciales, y no soportan que el hijo del pueblo asista al mismo colegio que el «hijo de familia», que el negro pueda el sábado ir a bailar con su mujer al club nocturno, que el obrero o el campesino alcance por su capacidad un puesto directivo, etc., y 5) Los que temen la invasión norteamericana y la guerra total que ésta desataría. Esta última especie es la que en los últimos meses ocupa las plazas de los aviones que cubren la ruta La Habana-Miami. En verdad, al lado de la gran mayoría que espera, armas en mano, el artero ataque imperialista, unos cuantos débiles viven empavorecidos por la carnicería que ese acto de violencia habrá de desencadenar. Sin embargo, hay varios casos de figuras de los antiguos regímenes burgueses que permanecen en la isla, en paz y hasta respetados, pues no intentan cambiar la situación y se conforman con la moderada renta que la socialización les reconoce. Entre ellos se puede citar al ex Presidente Grau San Martín, que habita su cómoda y amplia residencia en la playa Kawana; Alonso Puyol, ex Vicepresidente durante el régimen de Prío Socarrás, y el ex Ministro Vasconcelos

de uno de los gabinetes de Batista. Nunca las agencias yanquis dijeron una palabra sobre estos personajes que no desertaron de su patria.

Sí, en cambio, hablaron y hablan profusamente del «conflicto» con la Iglesia, y hasta divulgaron con escandaloso regocijo la falsa noticia de la ex comunión de Fidel Castro. Yo tenía especial interés en verificar cuánto había de cierto en los insistentes despachos de la UPI y la AP acerca de la persecución de los católicos en Cuba. Un domingo visité dos iglesias, y fue suficiente. Los fieles oían misa sin que fueran molestados, y entraban y salían del templo sin la menor muestra de estar cohibidos o amenazados. Por si fuera poco esto que mis ojos vieron, la suerte me deparó descubrir en una recepción oficial al Nuncio Apostólico, Monseñor Centoz, y leer en los diarios la crónica sobre la visita de éste al Presidente Dorticós para entregarle un regalo del Papa a Cuba. Todas las conversaciones que tuve al respecto desembocaron en la misma explicación: fueron combatidos los sacerdotes (sobre todo los españoles, de filiación falangista y franquista) que utilizaban el púlpito para realizar una sistemática campaña contrarrevolucionaria. Supe así que el pueblo de la isla no estuvo nunca dispuesto a aceptar que, al amparo de la fe y sus símbolos, se intentara socavar al régimen para devolver el país a los explotadores y los consorcios norteamericanos. En Cuba hay libertad de cultos —la Iglesia Metodista ha expresado, por boca de uno de sus prelados, su adhesión a la revolución— y la mayoría de los católicos acepta el socialismo. Los sacerdotes cubanos desempeñan su apostolado sin obstáculo ni opresión, pero también sin prerrogativas ni ventajas. ¿Por qué, entonces, la avalancha noticiosa exagerando y distorsionando los sucesos, mintiendo tan descaradamente? El fin del imperialismo —no hay que olvidarlo— es ahogar el ejemplo revolucionario de Cuba y evitar la revolución latinoamericana. Para tal propósito todo vale: gritar que la Iglesia está perseguida o asegurar que hay escasez, hambre y miseria... En una palabra, envenenar la mente del ciudadano que, carente de información imparcial, es fácil presa del embuste machacado hasta el delirio.

Pero tampoco hay escasez, ni hambre, ni miseria, pese al embargo yanqui y al boicot económico creciente. «Ahora —dijo un hombre del pueblo— todos comemos parejo». Y es cierto. Si faltan la carne y la mantequilla algunos días a la semana, es porque hoy en Cuba todos comparten la poca carne y la poca mantequilla de que dispone un país que todavía no tiene una ganadería suficiente.

Hay, si cabe la expresión, un racionamiento racional, y no el racionamiento claudista que existe en el Perú, en donde los ricos pueden consumir, todos los días del año, el lomo de a S/. 40,00 el kilo, y donde la masa popular apenas si conoce el color de la carne de res. ¿Quién duda que el racionamiento de Cuba es preferible al que priva entre nosotros? La calumnia, en este sentido, es descomunal. Acabo de leer el colmo: un despacho afirma que el azúcar está sujeto a restricciones, lo cual es imposible aun si aconteciera que media cosecha cubana resultara arruinada por emanaciones de odio radioactivo procedentes de Washington. Se dice cínicamente, para avalar dicha mentira, que por desgano de los trabajadores no hay mano de obra para el corte de caña y que, en consecuencia, los sembríos se pierden. Nadie que no sea un redomado estúpido sabe que la falta de brazos en el campo cubano para la cosecha azucarera se debe a que hoy existe, gracias a la diversificación de la agricultura y al aumento de áreas de cultivo, ocupación plena para el campesino, el cual, hasta que advino Fidel Castro al poder, sólo tenía trabajo durante cuatro meses del año. Los ocho meses restantes el bracero languidecía sin jornada y sin jornal. En el presente trabaja cooperativamente, y gana todo el tiempo, tiene techo, salud y educación asegurados; goza de vacaciones remuneradas, etc., y por tanto no está disponible en el mercado humano de brazos para la zafra. El gobierno apela a toda la ciudadanía y organiza la zafra del pueblo. La mayoría de la gente recoge caña para abastecer el mercado interno y el externo.

Por ningún lado —y he paseado a mí gusto por donde quise— vi tumultos en las tiendas, penosas filas de compradores famélicos, estantes vacíos en los almacenes. Si no hay mucho que escoger en bodegas y verdulerías, en mercados y puestos ambulantes, no falta lo fundamental para preparar unos fríjoles con arroz y plátanos fritos, tasajo y ensalada, sopa de malanga, platos criollos. En una tienda del campo figura este expresivo cartel: «Aquí pueden faltar algunos productos, pero sobra la soberanía» ¿Quién no está dispuesto, si es un hombre conciente, a dejar las delicadezas del paladar refinado si, por el contrario, sabe que no hay Talaras, Toquepalas, Cerro de Pascos colonizados, voraces Imperios Prados, extorsionadores bancos, Estatutos Electorales amañados, «Chupitos» parlamentarios, Beltranes entreguistas, Patria maniatada en una palabra? Dejo a tu reflexión la respuesta, Juan, y sé que me darás la razón porque no te has vendido.

El alimento del espíritu, la cultura, sobra en Cuba Revolucionaria. A poco de llegar vi que el chofer de un taxi al que me aproximé para que me trasladara de un punto a otro de la ciudad leía ávidamente una biografía de Fouché. También vi que leían el lustrabotas, el ascensorista, el dependiente de comercio. Advertí que la mayoría de los pasajeros de los ómnibus tenía bajo los ojos un libro o una revista. En Cuba no queda sino un 2% de analfabetos, que además, por su edad, estado mental o inhabilitación física, es inalfabetizable. El millón de iletrados que había en enero de 1961 había desaparecido a diciembre de ese año. ¿Un milagro? No. Una movilización nacional de cuyos más saltantes aspectos conversé largamente con el ministro Hart, quien sobrellevó sobre sus jóvenes espaldas la responsabilidad de la misión alfabetizadora y que entusiasta continúa con mil misiones educativas más. El cumplimiento de la tarea de instrucción elemental la asumieron los estudiantes que constituyeron las «Brigadas Conrado Benítez» (el nombre recuerda al primer alfabetizador asesinado por los contrarrevolucionarios), y en número de más de 60 mil se propusieron erradicar la ignorancia básica en el breve plazo que la revolución les señaló... ¡Y la erradicación de cuajo!

Hart explica bien el fenómeno. Ante todo, la alfabetización no es posible sin contar con todo el peso del poder político. Eso, unido, a la madurez de la conciencia cívica determinada por la revolución y mediante la organización que los cuadros de ésta brindaron, creó un verdadero ambiente de guerra a la incultura. Al principio la tarea se desarrolló lentamente, pero a partir de la fracasada invasión de Playa Girón, en abril, la alfabetización se dinamizó enormemente. En setiembre fue convocado un congreso para evaluar el progreso de la campaña: de él surgió la energía que le dió el genial impulso final al esfuerzo. «Cada analfabeto su alfabetizador, cada alfabetizador su analfabeto», fue la consigna. A mediados de diciembre ya flameaba sobre la mayoría de los campos, cooperativas, pueblos y ciudades de Cuba la bandera con la inscripción de Territorio Libre del Analfabetismo, bandera que no se arría ahora sino que sigue al tope por la llamada «Campaña de Seguimiento». Gracias a ella, 700 mil personas van a hacer 1º, 2º y 3º grado de primaria y 500 mil con 3º grado van avanzar hasta el 6º grado, ambos grupos mediante cursos dictados en los centros de trabajo, complementados por la radio y la televisión. De 20 a 30 mil obreros, dentro del programa denominado «Superación Obrera», cumplirán en este año de 1962 el ciclo secundario de educación y estarán expeditos para la preparación técnica superior.

En tanto, los brigadistas —que dieron un niño héroe, Manuel Ascunse, mutilado y asesinado por los contrarrevolucionarios mientras alfabetizaba a una familia campesina, elegido víctima propiciadora de un criminal plan de intimidación— se entregan a otro trabajo revolucionario. Al llegar a La Habana, luego de la epopeya de la alfabetización, ellos dijeron: «¡Fidel! ¡Cumplimos! ¡Dinos qué debemos hacer ahora!» Hoy, en el campo, estos muchachos y muchachas tumban caña.

El pueblo cubano, que ya tiene una meta, que goza de ocupación y buen salario, que se halla alfabetizado y en proceso de superación cultural, ya no vive, por cierto, en las chozas y los bohíos a que lo confinó el egoísmo y la inhumanidad de la sensual burguesía. Llevaría páginas de páginas contar cómo el Gobierno Revolucionario ha afrontado el problema de la vivienda, desde las iniciales medidas de rebaja de los alquileres al 50% de lo que había fijado la especulación, y desde la Reforma Urbana que puso en camino de ser propietarios de su casa o su departamento a los sufridos arrendatarios, hasta la construcción de agrupamientos de obreros y campesinos en la ciudad y la campiña. He visitado, entre otros, el Reparto de Habana Este, donde se levantarán 2 sólidas y cómodas casas por día hasta completar, en una primera etapa de menos de tres meses, 1 400 viviendas. He visitado algunos de esos departamentos por dentro, he hablado con sus futuros propietarios (que abonarán el 10% de su salario como mensual amortización de la compra), he estado en los jardines que los rodean entre alegres chiquillos. En uno de ellos habitan, entre padres e hijos, siete personas en total, que ocupan tres dormitorios, un living-comedor amplio, cocina, servicios y pequeño jardín interno. Paga esa familia 15 dólares al mes, pues el padre gana 150. ¿Cómo vivían antes estos mismos proletarios? Los siete hacían en una sola pieza, por la que abonaban al especulador —que posiblemente hoy lava platos en el «mundo libre»— los mismos 15 dólares. En los rostros de esta madre, este padre y estos hijos he leído la dicha y he leído también la decisión de morir por conservar los derechos humanos que les fueran negados por la oligarquía pro-imperialista. En el dormitorio conyugal de este hogar se lucía visible una imagen de la virgen, y sobre uno de los veladores una síntesis de *El Capital* de Marx. En un rincón del corredor pendía alhajada una imagen de Changó, el dios ñáñigo de los antepasados africanos. Y todo ahí estaba bien porque eso es la paz.

La misma paz que percibí en la agrupación de casas de la Subcooperativa de Varadero y en la gran Cooperativa Agraria «Camilo Cienfuegos», y en todos los lugares en los que me detuve a comprobar la nueva vida. Las familias de los pescadores, por ejemplo, ya no están sujetas al vaivén del mercado libre que mueve el interés de los acaparadores, ni sus hijos hacen de gondoleros de los turistas gringos que practicaban el nudismo y algo más ante los ojos del sirvientito negro, ni tienen que temer esas gentes de mar —cuyos hijos se educan en una escuela especializada que ocupa las fastuosas residencias de plaza Kawana— la insaciable demanda de doncellas para el placer del aburrido y neurótico millonario. Voluntariamente, los pescadores de Varadero venden la riqueza que extraen del océano a la Subcooperativa, la cual les abona una cantidad fija por el producto reservándose un limitado porcentaje en el que se incluye la seguridad social y otros beneficios para los trabajadores. Por otro lado, el campesino de la «Cooperativa Camilo Cienfuegos», ayer siervo de los latifundistas Díaz (que cerca de la granja popular conservan 30 caballerías como pequeños agricultores), labra comunitariamente la tierra, que antes sólo daba caña, y ahora produce arroz, tomate, papa, yuca, etc., y ya posee una inicial ganadería. Cobra un jornal alto (de aproximadamente 4 dólares), amortiza su excelente vivienda, viste decentemente a los suyos, se divierte y está en capacidad de ahorrar. La dignidad humana ha sido rescatada por esta revolución, porque esta revolución, cualquiera que sea el nombre que tenga, posee un sentido humanista que en estos tres años se ha empeñado en levantar desde sus «bajos fondos» a quienes padecían explotación, discriminación, despojo, precisamente por aquellos que, en la periódica farsa electoral de antaño, venían a pedirles, con hipócrita adulonería, sus votos.

El cacareo de la burguesía emigrada a través del altavoz yanqui se empecina en reclamar eso que llaman «elecciones libres». La masiva adhesión de Cuba a Castro y a los demás dirigentes bastaría para eximir de tal uso al gobierno de la revolución, pero a nadie inteligente se le oculta que dicha solicitud proviene de una santidad mocarra. Insinceros hasta un punto incalificable, los «demócratas» de Miami y el coro de sus amigos de las oligarquías latinoamericanas piden esas supuestas «elecciones libres» no para triunfar en las urnas, cosa que sería imposible, sino para despistar el interés de nuestros pueblos por la revolución agitando un señuelo falaz que desvía la atención de lo esencial. A esa mulletilla hay que responderle con la misma argumentación de los sociólogos norteameri-

canos Huberman y Sweezy que en su «Anatomía de una Revolución» se preguntan por qué se insiste tanto en el fetiche político del sufragio: «¿Es esto causado por un desinteresado amor por la democracia pura? ¿O lo es porque las elecciones romperían el ritmo de la Revolución reviviendo querellas y rivalidades políticas moribundas, y daría a la contrarrevolución la ocasión de reagruparse y preparar una vuelta antes de que las grandes reformas sociales hayan tenido tiempo de transformar a Cuba en una sociedad en que tanto la pobreza como el privilegio hayan desaparecido? Nuevamente nos parece imposible rechazar la conclusión de que el hecho de estar en contra o a favor de las elecciones depende esencialmente del lado en que esté usted situado respecto a la Revolución». Esto dicen los escritores norteamericanos. Fidel Castro, en efecto, que reúne un millón y medio de personas en una manifestación, ganaría las elecciones, quién lo duda, pero la revolución haría un contraproducente alto para embarullarse en el innecesario carnaval politiquero, perdiendo tal vez un tiempo precioso para las reformas.

El problema de las elecciones está vinculado al de la libertad. En Cuba, puedo decirlo claramente, se respira libertad. Esa atmósfera proviene de los millones de liberados de la miseria y la servidumbre. En el campo más que en la ciudad el clima libertario es envolvente, y si bien es cierto que allá se da la autocrítica, no funciona la libertad de prensa, por ejemplo, tal como la concibe la democracia burguesa, dentro de la cual las opiniones de los periodistas y de los periódicos se hallan sujetas al control de los bancos, o de la gran publicidad, o de las conveniencias momentáneas. Hay en Cuba una democracia de base y no he descubierto indicios de que esté desapareciendo. En cuanto a las opiniones verdaderas individualmente, quiso el azar que en cierta ocasión me topara con un chofer de taxi, un negro cincuentón, que se confesó enemigo del régimen vigente y partidario del status económico, social y político anterior, y ello simplemente porque ganaba más con el turismo. El mismo me declaró proclamar a su gusto sus ideas ante sus parientes, amigos, clientes y compañeros de oficio, la mayoría revolucionaria, sin que tal circunstancia le hubiera acarreado dificultad alguna, salvo entre sus sobrinos que lo consideraban un reaccionario perdido y, en consecuencia, ya no acudían a él en busca de consejo. No es infrecuente encontrarse con descontentos que lo dan a conocer sin miedo, sin que eso provoque represalias de parte de personas o instituciones. Las conclusiones del Congre-

so Nacional de Escritores, además, consagraron la libertad de creación que es ejercida ampliamente.

Es preciso entender, pues, la libertad de otro modo, no de acuerdo a los moldes del trasnochado liberalismo, que permite atacar a un gobierno, pero que cierra toda posibilidad que tienda a reducir sus privilegios al capitalista, dar la tierra al campesino, convertir al obrero en copropietario de la empresa, cortar el paso a la penetración imperialista, hacer de la patria, en una palabra, lo que verdaderamente debe ser. El pintor norteamericano Douglas Gorsline ha descrito esa libertad así: «Cuba positivamente rebosa libertad. Uno se siente atrapado por su atmósfera impetuosa casi desde el momento de llegar. Es una experiencia excitante para un norteamericano desalentado encontrar un país y un pueblo en tal estado de euforia. Es como París recién liberado o Ghana independizada...» Clima ese, añado yo, que no puede ser disfrazado, postizo u obligatorio; que no puede ser resultado de aquella pistola soviética en la nuca que los pobres yanquis juran que encañona al entusiasta cubano que canta y grita sus consignas revolucionarias; que sólo explica el renacimiento de una nación merced a la esperanza que mueve sus actos desde el presente hacia el porvenir. Clima que rodea a los niños —que nadie, por supuesto, arrebató a sus padres, como burdamente mintieron los emponzoñados teletipos de la cadena Hertz—, a las mujeres jóvenes y maduras, a los ancianos, a todo aquel que ha ganado el derecho a ser considerado por todos, de dentro o de fuera, como humano. Clima del cual no pueden escapar quienes por prejuicio o resentimiento se han puesto al margen de la tensión creadora, inspirada e histórica que es la revolución. Clima, en fin, que va de la masa a los dirigentes y de éstos a aquélla en un recíproco juego que es la clave democrática del régimen de Fidel Castro, atento como está a las necesidades nacionales, a las fallas y a las lecciones que dicta la experiencia, a las exigencias de la población que recibe y rechaza con sincera espontaneidad lo que se le da.

El de Fidel Castro es un verdadero gobierno en la calle, que no se parapeta tras la inexpugnable burocracia sino que, en la persona de cada uno de los dirigentes, puede aparecerse de improviso en una escuela, en una granja del pueblo, en pleno aire libre, donde todos, grandes y chicos, están armados. Fidel, precisamente propone a los Idígoras, a los Somozas, a los Lleras Camargos, a los Prados, que se sometan a la prueba de dar un fusil a cada ciudadano y mantener-

se así en el poder sin que estalle la sublevación. ¡No aceptarán el desafío, por supuesto! He visto a Fidel, dando sus largos trancos de gigante joven, entrar en el Hotel Habana Riviera una medianoche seguido de su pequeña escolta y detenerse a conversar con los ascensoristas antes de visitar a un huésped importante, y lo he visto luego volver al *lobby* del hotel y sentarse ahí rodeado de los porteros, los camareros, los habitantes azarosos de esa casa, a charlar de un tema u otro como un miliciano más entre millones de milicianos alertas.

Es el mismo muchacho barbado que un día, hace seis años, desembarcó del «Gramma» para levantar a su pueblo contra todas las tiranías, la de Batista y la de los yanquis hacendados, la de los oligarcas vende-patria y la de la corrupción, la del envite y la del analfabetismo, la del hambre y la de la resignación. No es un orador retórico, de voz engolada y aspavientos; tampoco el gesticulante iracundo que las imágenes mañosamente aceleradas de los noticieros cinematográficos quieren contrabandearnos. Se trata de un hombre de entonación calma, que desenvuelve su discurso sin prisa, reiterando y ampliando poco a poco las ideas, explicando minuciosamente los problemas confusos y los conceptos abstractos, alardeando tanto de penetración intelectual cuanto de buen humor. Manipulando nerviosamente el micrófono, pasándose la mano por la tupida greña de su barba, procurando deshacerse de las manos que como a los actores bisoños y tímidos lo embarazan sobremanera, este profesor de largas y entretenidas lecciones contenta por igual —y es prodigioso— al profesor universitario y al simple obrero. La lectura de sus discursos, desde el memorable de su defensa en 1953, conocido con el título de «La Historia me absolverá», hasta el que pronunciara el 2 de enero de este año, lo muestran en la misma línea. Ha sido Fidel consecuente consigo mismo y con la realidad en el desarrollo de su ideología, que Sartre comprobó acendrada y radicalizada a contragolpe. El ritmo fue isócrono: impacto de la contrarrevolución, paso hacia el socialismo. Fidel es, y ha sido, ideólogo en función de la praxis. Y también es, creo que nadie lo pone en duda, el héroe que con una docena de sobrevivientes se lanzó a la victoria contra un ejército altamente tecnificado. Y es un estadista en cuanto la organización del país obedece a su infatigable y permanente gestión rectora, que en vano tratan de empañar, haciendo alusión a Blas Roca ahora como antes a otros, atribuyéndosela a un oculto titiritero. Y es, con mucho, un hombre bueno, lleno de sensibilidad, que cuando tiene que ordenar un fusilamiento —lo testimonian sus cercanos—, un fusilamiento de esos inevitables en la guerra que a Cuba le ha declarado el impe-

rialismo yanqui, se desespera y arde de angustia. Sí, un hombre bueno que ama a los niños, que cambia una decisión ante el llanto de unas mujeres, que no comprende que se combata tan vilmente una revolución como la suya que ha sacudido a seis millones de hombres del marasmo para inyectarles confianza en sí mismos y en el mañana. Y añadiría, recordando la afortunada inclusión de párrafos de sus discursos en el poema Cantata de Santiago de Pablo Armando Fernández, que Fidel es un poeta junto a todo lo mucho que es.

Innumerables amigos me preguntan como tú, querido Juan, qué hay de aquello del marxismo-leninismo. No hay hombre que viva de conformidad con nuestro tiempo que no se interese, para afirmarlo, corregirlo o negarlo, por el pensamiento de Marx. Supongo que en el Perú aún los antimarxistas honrados han leído al filósofo alemán. Fidel lo leyó, pues, una vez y posiblemente lo sigue leyendo. Creo asimismo que no hay hombre inteligente y actual que no haya tenido interés por la aplicación del marxismo en la Rusia que nació en octubre del 17, o sea, por el leninismo. Fidel estudió también a Lenin y su lucha política. Cuando echó a andar la Revolución Cubana, no obstante tales lecturas, quizá Fidel —y su viaje a los Estados Unidos parece probar esta conjetura— no se proponía otra cosa que sentar las bases de un socialismo progresivo, que permitiera al pueblo liberarse del autoritarismo oligárquico, lobo disfrazado con la piel de la democrática oveja, y del autoritarismo imperialista, ambos factores esenciales de la injusta estructura social y económica reinante en la isla. Los Estados Unidos le cerraron la puerta. Se volvió hacia los hermanos latinoamericanos y estuvo en la conferencia económica de Buenos Aires. Y los representantes de nuestras plutocracias tampoco lo aceptaron. Más bien apoyaron el boicot que los yanquis habían ya decretado contra el nuevo régimen de Cuba. Conocemos bien la historia. Vinieron las nacionalizaciones, especialmente las de las refineras petroleras que se negaron a aceptar petróleo soviético, y paralelamente vinieron los sabotajes, las violencias, los embargos, las explosiones, el cerco, el chantaje y, culminando la serie, la invasión. A cada puñetazo, Fidel y Cuba respondieron dando un paso revolucionario más radical. Y en cada paso, Cuba y Fidel encontraban una vía socialista más revolucionaria, que, en general, pese a las características nacionales, se compadecía bien con el esquema que trazara la ciencia marxista de la realidad y la historia. La revolución se mostró como un ser vigoroso. Hubo que ponerle un nombre y el que más se le aproximaba fue el de marxismo-leninismo. A mí personalmente no me asustan las palabras con que

los oligarcas pretenden amedrentar a la gente. Si se denomina marxismo-leninismo a ese compacto y sólido conjunto de realizaciones de justicia social y económica que he podido ver en el vértigo de asimilación de menos de treinta días, no me preocupa en absoluto. Lo importante es que ahí no hay nada que se parezca al «estalinismo» y que lo que en la Unión Soviética de los años duros se llamó «dictadura del proletariado» es en Cuba coexistencia y construcción.

Vivian Trías, jefe socialista uruguayo, considera que en la Cuba actual se está dando una nueva modalidad del socialismo científico, muy modificado por las circunstancias históricas, humanas, geográficas y psicológicas del país. Trías, que ha tenido recientemente varias entrevistas con Fidel Castro, ha concluido que así como Marx nunca habló de marxismo ni Lenin de leninismo, y así como marxismo y leninismo son denominaciones creadas por quienes han utilizado el aporte ideológico de Marx y Lenin, «podemos hablar de marxismo-fidelismo quienes estamos en condiciones de aprovechar los aportes de Fidel Castro... en relación con la problemática latinoamericana». Más o menos en forma parecida razonan Lázaro Cárdenas, Julio y Salvador Allende. Cada país encontrará — podemos reiterarlo — su propia ruta hacia el socialismo, y el socialismo peruano no se parecerá al cubano, pero ello no significa que de la experiencia fidelista, de sus éxitos y sus fracasos, de sus conquistas y sus crisis, no extraigamos ahora y mañana nociones útiles para el éxito de nuestra revolución. Claro que en un país como el Perú, al cual junto con el hambreadamiento la oligarquía y el imperialismo quieren acobardar, todo esto sonará a cábalas de brujas para la anatematización macartista. Pero es preciso que diga estas verdades porque, muchos años después de haber sido escrita por González Prada, está vigente su orden precursora: «Ha llegado la hora de romper el pacto infame de hablar a media voz». No hablo, pues, a media voz.

Quiero concluir esta carta con una anécdota. Hice un viaje por una zona de la isla de Cuba con un grupo de latinoamericanos que, al igual que yo, estaban en La Habana invitados como miembros del Jurado del Concurso Literario Hispanoamericano de la Casa de las Américas. Nos acompañaban, escritores cubanos y un guía del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Era éste un hombre culto y amable, presto siempre a servirnos y sumamente discreto. Alguna vez nos preguntamos qué antecedentes tendría este amigo, cuál habría sido su situación antes de la revolución. Uno de nosotros se decidió a preguntárselo.

La respuesta fue simple y conmovedora: «¿Qué era yo —contestó— antes de la revolución? Un parásito social. Mi padre era latifundista y yo vivía del dinero que a él le producía la explotación de los trabajadores». Basta este ejemplo para revelar la dimensión redentora de la revolución, su contenido humanista. No sólo a los explotados ha recuperado de la noche de la abyección. También lo ha hecho con los explotadores.

Fuí a Cuba sin prejuicios, pero, lo confieso, muy ablandado por la propaganda yanqui que tan regocijada e irresponsablemente recoge la prensa nacional. No obstante que soy una persona que procura estar al tanto de los hechos indagando en diversas fuentes, me sentía herido en la convicción por el golpe de gota pertinaz de los cables cotidianos. Con el fin de probarme hasta el fin, antes de viajar me atosigue de toda esa infamia impresa que se llama «Visión», «Bobemia Libre», «Avance», etc., y devoré, con asco por cierto, la folletería que los agentes de Miró Cardona —no los segundones de la prensa petrolífera, o la prensa aprista, o la prensa en subasta, sino los que administra el diligente Servicio de Informaciones de los Estados Unidos— reparten por diversas vías. La realidad arrasó con la huella que esas lecturas pudieran haber dejado en mí. He vuelto del viaje a Cuba con las baterías de mi ideal socialista y revolucionario bien cargadas, tanto para resistir el torrente de papel, voces e imágenes calumniosas, sino para mantenerme en pie frente al sitio económico que la oligarquía, el FBI y los proyanquis de diverso pelaje decreten contra mi persona y los míos. Como ciudadano, como intelectual, como militante social progresista, me debo a la verdad. Y la digo ahora, y la diré mientras así lo piense: en Cuba ha comenzado nuestra revolución. Sé que, suceda lo que sucediere, esa verdad, a la postre, se impondrá, y Cuba, y América Latina, y en ella el Perú amado, vencerán.

Disculpa, Juan, que haya abusado de tu paciencia. Muchas cosas se me quedan en el tintero, mas todo lo importante de lo que vi y sentí en Cuba queda aquí escrito. No pongo para acreditarlo sino mi limpia conducta de siempre. Te abraza como camarada y amigo.

Sebastián Salazar Bondy.

---

Parte del presente texto fue leído como conferencia en el local del Movimiento Social Progresista el miércoles 14 de febrero de 1962. Al término de dicha charla la policía atacó a los pacíficos ciudadanos reunidos en la calle en que se halla dicha sede partidaria, hiriendo a una militante.